



## CAMINO DE EMAÚS... Y DE GAZA

Para quien no tiene una meta ni interés por llegar a ninguna parte, cualquier camino sirve. Acostumbrados a lo de “Caminante, no hay camino...”, quizá hemos olvidado que sí hay Camino.

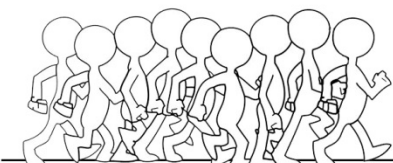
Alguien se propuso como “el Camino” (Jn 14,6) y convirtió los caminos en cátedra: “Recorría las aldeas predicando...” (Mc 9,35). Más aún, Jesús, en su acción evangelizadora, parece privilegiar los espacios “naturales” frente a los “sagrados”. La “buena noticia” requería espacios nuevos, donde poder encontrar la realidad de la vida.

El “camino” es un espacio bíblico de revelación y de encuentro. Impide el aburguesamiento, el dogmatismo y la teorización fría y distante. El camino favorece el encuentro, es creativo y propicia el diálogo. En él se perciben libremente los olores, los colores, los cantos y los dolores de la vida. En el camino todos somos “buscadores”, ligeros de equipaje (Lc 9,3), hacia una verdad presentida pero no “controlada”.

Entre los diversos caminos recorridos por Jesús, uno se ha convertido en paradigma: el camino de Emaús (Lc 24,13-35).

Unos discípulos, desencantados deciden abandonar, olvidar “la causa de Jesús”. Estaban de vuelta, resignados a volver a lo de siempre. ¡Todo había sido una ilusión!

Lo de “al tercer día resucitará” (Mt 20,19), una quimera, “de eso ya han pasado tres días” (Lc 24,21); lo de “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6), se acabó en el monte Calvario; lo de “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28,20), nada de nada; Lo de amar hasta entregar la vida (cf. Jn 15,13), tiene necesariamente un final: acaba con la vida de quien se entrega a ese ideal... “Esperábamos que fuera el libertador de Israel..., pero ya ves” (Lc 24,21). ¡Tan poco les duró la esperanza!



Así pensaban ellos, pero la realidad no era así. Y Jesús se hizo presente en su camino, se acercó a su desencanto. Les escuchó, y les hizo caer en la cuenta de que su lectura era equivocada. Necesitaban “otra” lectura, más cálida, y se la ofreció. Y al querer seguir adelante, aquellos hombres, confortados por la presencia y las palabras del desconocido, le formularon un deseo eterno: “Quédate con nosotros, porque se hace tarde”. Y, al partir el pan, reconocieron al Señor.

El camino del desencanto está hoy bastante transitado; sobre todo cuando empieza a hacerse la tarde en la vida; aunque tampoco faltan los desencantados prematuros. Con demasiada frecuencia también nosotros, desencantados y escépticos, a duras penas acallamos la pregunta de si esto tendrá sentido y de si habrá alguien que pueda dárselo; de si valdrá la pena creer... Y nuestra fe en Dios se atenúa, y nuestra confianza en los hombres va desapareciendo, colocándonos al borde del “¡sálvese quien pueda!”.

El camino de Emaús tuvo un final paradójico: el desencanto inicial acabó en encantamiento y gozo -“¿no nos ardía el corazón?”-. También nosotros podemos salir encantados de nuestros desencantos, si aceptamos al Señor como compañero y maestro de lectura de nuestra historia.

Pero, además, el camino de Emaús tiene una prolongación en otro camino, el de Jerusalén a Gaza (Hch 8,26-40). Como Felipe hay que salir al encuentro del hombre; buscarle en los espacios por donde transita -muchas veces rutas alejadas de lo “religioso”-; acercarse a su carro (cf. Hch 8,28-29), y preguntarle, sin pretensiones moralizantes, con amor y respeto: “¿Entiendes lo que vas leyendo?” (Hch 8,30). ¿Es correcta tu lectura de la vida? Y presentarle, con humildad y claridad, la “lectura alternativa de Jesús”.

El “camino”, es sin duda una buena plataforma para vivir los “seguidores del Camino” (Hch 9,2), y para anunciar el Camino.

DOMINGO MONTERO

Preguntas para la reflexión:

- ¿Soy de “caminos”, o sedentario?
- ¿Por qué caminos transito? ¿De qué hablo por el camino?
- ¿De dónde proceden mis dudas y desencantos?
- ¿Desde dónde los ilumino y con quién los comparto?

